

# Humanismo y morada

*Francisco Álvarez\**

El nombre de este coloquio, Humanismo y **Medio** ambiente, hubiera podido también servir de título a mi último libro en que recojo lo fundamental de mi sistema filosófico, las **Reflexiones sobre la vida humana**. Reflexionar sobre la vida humana es lo que la filosofía ha venido haciendo, cada vez con mayor pulcritud y hondura, a partir de la época del Renacimiento. Más que hacer nacer de nuevo, que es lo que rutinaria y reiteradamente se dice, lo que el Renacimiento hace es innovar. Vuelve del revés lo que había venido por mandato desde la antigüedad: lo general, lo finito y el reposo y en su lugar, ensalza, como sólo y verdaderamente reales, sus contrarios: lo individual, lo infinito y el movimiento. Y, para remate, en el centro de su atención, como diana a la que vuela la mirada del arquero, que tiende el arco con su flecha, no está tanto, como para los antiguos, la **physis**, la naturaleza, ni como para los **medievales** el Ser Supremo, esto es, Dios, sino, pura y sencillamente, este ser que somos cada uno de nosotros, esto es, el Hombre. En suma: que la filosofía, que en la época clásica había sido, fundamentalmente, física o cosmología y en los mil años, más o menos, de Edad Media, Teología, conviértase ahora, del Renacimiento hacia acá, en Antropología. Por eso, a mi juicio, quienes mejor que nadie simbolizan el espíritu del Renacimiento, de estos tiempos nuevos que asisten al ocaso de una edad y a la aurora de otra que, ahora, con grandes bríos e ilusiones, comienza,

son los humanistas, gentes como Erasmo, como Luis Vives, como Tomás Moro, como Enrique de Hutten, como Melanchton, como Guillermo Budeo, etc., etc. Podrán, por aquello de que no se puede, de la noche a la mañana, romper, en forma definitiva, con el pasado, seguir muchos de ellos enfrascados en cuestiones teológicas y seguir usando, como muletas con que se facilita la dura faena de pensar, los viejos conceptos acuñados por los filósofos de la antigüedad, pero no es eso lo que les caracteriza con el mayor rigor, sino la preocupación por el hombre. A este sesgo, el título de una de las obras del italiano Pico de la Mirándola es muy significativo: **De hominis dignitate**. El hombre por lo visto ahora adquiere un rango, una dignidad entre el resto de las innumerables cosas que están ahí, entorno y frente a él, que le va a convertir en objeto principalísimo de la atención de los filósofos. Si quien se preocupa por las cosas de la **physis** es un naturalista, todo aquel que fija, con especial deleite, su mirada en el hombre merece el apelativo de humanista y el saber que con su mirada atenta adquiere cabe calificarlo de humanismo. Rizando el rizo, pues, a esto iba: a que mis **Reflexiones sobre la vida humana**, por lo mismo que lo son, principalmente, sobre el hombre, encajan y, es más, se identifican con lo que, por tradición, ha sido el humanismo que es justo el tema de este coloquio. Queda, sin embargo, a los efectos de la equiparación perfecta entre obra filosófica y coloquio, hacer una referencia a eso del **medio ambiente**.

La expresión **medio ambiente** es equivalente sólo, claro es, hasta cierto punto - a la francesa **milleu**, a la inglesa **environment** o a la alemana **Umwelt**. El **milleu** francés es el **medio**, entendiendo por tal, en forma peraltada y principal, el **medio** o contorno físico, el paisaje, el clima, la temperie, esto es, el frío o el calor, lo seco o lo húmedo, lo árido y estepario o lo bos-

\*Licenciado en Derecho y Doctor en Filosofía, autor de numerosos libros y artículos. Tutor de Filosofía en el *Stvdivm Generale Costarricense* de la Universidad Autónoma de Centro América. Antes Decano de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Cuenca (Ecuador), profesor en la Universidad de Concepción (Chile), Catedrático de la Universidad Nacional de Costa Rica desde su fundación.

coso, los valles y las montañas empinadas que los encierran o los bajíos y llanos litorales a orillas de la mar. Los franceses del siglo décimo no fueron proclives a realzar la importancia del **milleu** para la comprensión de la cultura en general, esto es, de cuanto, con el pasar del tiempo, los pueblos van haciendo históricamente. Le **milleu**, a saber, algo entendido, como acabamos de ver, en su aspecto de preferencia físico o geográfico, condicionaba la aparición de fenómenos culturales con un cierto estilo, es decir, contribuía a explicar las modalidades diversas del espíritu.

Si el francés era crítico o filósofo, como Hipólito Taine, esbozaba entonces, con el auxilio de esa realidad de signada por el término **milleu**, una filosofía de la historia naturalista, en donde, como decíamos, la cultura, es decir, el mundo del espíritu, se explicaba por **medio de milleu**, esto es, por **medio del medio**. Y si no era filósofo sino escritor, novelista por ejemplo, echaba mano del **medio** social en que consumían sus vidas sus personajes para explicar la manera de ser de éstos y dar razón de sus valoraciones y formas de comportamiento. Si ese **medio** social era la burguesía, que estaba por entonces orgullosa de sí y un tanto ensoberbecida por haber logrado al fin suplantar a los poderes por entonces ya menguantes de la aristocracia y de la clerecía, en él, como escenario de fondo, desarrollábanse las peripecias de los héroes de Honorato de Balzac o de Gustavo Flaubert. Fue la belle époque del realismo. Y si ese marco o **milleu** eran, de preferencia, los bajos fondos de la sociedad, los más pobres, los humillados y ofendidos, quienes se abrasaban las vidas en él eran, por lo común, los protagonistas de las novelas de Emile Zola, de Huysmann o de tantos otros hasta nuestros días. Fueron los tiempos, ahora no tan bellos, del crudo naturalismo.

El **environment** inglés es la cercanía, el **medio** ambiente, el entorno. William James tiene una obra, que titula *Great Men and their environment*, en la que, para el estudio de los fenómenos psíquicos, considera imprescindible tener en cuenta el **physical environment**. No se puede seguir, concluye, a la manera de la psicología clásica, considerando el alma como una sustancia espiritual absoluta con ciertas potencias, las llamadas facultades, encargadas de llevar a cabo determinadas funciones. Para entender, pues, en buena medida al yo. Diríamos, hay que no dejar de atender y mirar al entorno.

El término alemán **Umwelt**, mundo en derredor o mundo en torno, comenzó a ser usado filosóficamente por Husserl en sus ideas, si bien antes, un biólogo alemán, Jacob Von Uexküll, lo usó para hacer hincapié en que no hay un mundo en derredor único, sino que cada especie tiene su **Umwelt**, en función de ese otro mundo que es el interior de cada animal, el *Unnenwelt*, y del *Bauplan* o plan estructural de cada especie.

Añado que el **Umwelt** de Husserl difiere del mismo francés, del **milleu** francés del **environment** inglés y del **medio** ambiente español en el sentido de que no hace referencia solamente al **medio** geográfico, al paisaje, al clima, etc., es decir,

al **medio** físico, sino que se hace extensivo a los bienes, a los valores, al mundo práctico, al mundo en general de la cultura. No sólo nos hallamos instalados en **medio** de ciertas cosas, sino, a la par, en **medio** de unos hombres que valoran, piensan y sienten en determinadas formas y que a lo largo del tiempo, en función de esa manera de ser, han ido creando unas ciertas instituciones, ciertos bienes culturales, ciencia, arte, filosofía, moral, religión, que difieren con seguridad de lo creado por otros pueblos diferentes. Diferentes, claro es, aparte quizás por otras cosas, por su **Umwelt**.

Fíjense ahora todos Uds. en esto: todas y cada una de esas expresiones, **milleu**, **environment**, **Umwelt** o **medio** ambiente, cualesquiera que puedan ser sus matices, coinciden en algo fundamental: son realidades curiosas que, para ser lo que son, necesitan de la existencia junto a ellas de algo extraño. Es como si afirmaran y potenciaran su ser propio a partir de la existencia necesaria de algo ajeno. Tienen, pues, un cierto significado relativo, cuya plenitud de sentido sólo se logra merced a otra cosa, no sólo distinta sino, en a mayoría de los casos, opuesta. Así acontece con los significados de términos como derecha o izquierda, que hacen siempre referencia a sus contrarios; o con los de alto y bajo, grueso y delgado, etc.

Es claro que aquellos términos, tantas veces ya nombrados, exigen la existencia de algo para ser lo que son. Para ser **medio** o entorno o mundo en derredor debe haber un centro alrededor del cual aquéllos puedan exhibir su cualidad de **medio** ambiente, de **milleu**, de **environment** o de **Umwelt**. Ese centro, ni que decir tiene, no es en estos casos otro que un yo o un quién. Como no hay circunferencia sin un centro, no hay **medio** ambiente sin unos hombres en torno de los cuales ese **medio** ambiente se despliega. Pero es el caso que igual cosa podemos decir en sentido contrario, esto es, que si la circunferencia, con su bella curva, geoméricamente perfecta, exige y nos remite por necesidad a un centro, éste, a su vez, dejaría de ser lo que es sin la línea graciosa que en torno de él se cierra.

Sería un error muy grave, sin embargo, interpretar lo que acabo de decir en el sentido de que el **medio** ambiente requiere de un quién, así como cada quién exige de igual forma en torno de sí un **medio** ambiente. O, para aclarar aún mejor con el ejemplo últimamente citado, que el centro de la circunferencia exige la presencia de la línea curva cerrada constituida por puntos equidistantes de aquél, así como esta línea

reclama la presencia del centro. Así dichas las cosas, centro y línea combada o **medio** ambiente y quiénes, serían, cada uno por sí, seres distintos los unos de los otros. Unidos darían lugar a un ser compuesto. La circunferencia sería el resultado de la suma de un centro y de la grácil curva que en torno de él se escorza y ciñe. Y en el caso que ahora más nos interesa, un **quién** y un **medio** ambiente constituirían... ¿Qué constituirían? Pareciera que no existe, como en tratándose de la circunferencia, un término para designar lo uno y lo otro. Y, sin embargo, sí lo hay: designémoslo con la expresión vida humana.

Aclaremos más aún: en una máquina sus partes preceden al todo. En los seres orgánicos ocurre en buena medida al revés, como ya desde muy antiguo advirtió Aristóteles. Pero, aparte diferencias entre lo orgánico y lo inorgánico, las partes, tanto de lo uno como de lo otro, se pueden separar y seguir teniendo, pues, una existencia independiente. En la circunferencia, centro y curva no la preceden. Ni como, en lo orgánico, primero es el todo - en este caso la circunferencia - y luego éste genera o crea sus partes, esto es, curva y centro. Y mutatis mutandi cosa parecida cabría decir de la vida humana, aparte el abismo entre ésta y la más bella y perfecta figura geométrica según los pitagóricos. De donde concluimos que centro y curva o **quién** y **medio** ambiente no son partes de entidades más complejas, circunferencia o vida humana, sino momentos de éstas, lo que es equivalente a decir que no son realidades separadas, con posible existencia independiente.

Ya es hora que en este comentario sobre la proximidad entre este coloquio y mis **Reflexiones sobre la vida humana**, introduzca un nuevo término, que no es ninguno de los utilizados hasta ahora como contrapuestos y, a un tiempo, haciendo siempre compañía al hombre: me refiero al término **circunstancia**. Expresa mejor que **milleu**, **environment**, **Umwelt** o **medio ambiente** aquello con que cada **quién** se encuentra al encontrarse con que da la casualidad que existe. Vivir supone un doble encuentro o, si queréis, una especie de encuentro por partida doble. En efecto: vivir es encontrarse viviendo. Y como este primer encuentro va acompañado del sentimiento de que no hay razón alguna para que así sea, de que es, por ende, por casualidad que existo, como decía, cabe hablar del **hecho bruto** de existir. Pero a la vez que me encuentro con la sinrazón de mi existencia, me encuentro también con que con ésta me topo o encuentro con un sinnúmero de cosas que me son dadas. Todo ese sin número de cosas es lo que se resume a cabalidad con el término **circunstancia**, mejor que con aquellos otros a que nos hemos referido. La **circunstancia** es, pues, el segundo encuentro; segundo más bien en un sentido lógico, puesto que, desde un punto de vista cronológico, ambos encuentros son simultáneos. Justo me encuentro viviendo porque me encuentro con una multitud de cosas que, en sentido figurado, me circundan y si no me encontrara con éstas tampoco tendría la más mínima noción de mi propia existencia. Son ingredientes, pues de toda vida humana o, con mayor exactitud terminológica,

**momentos**, esto es, partes no separables de un todo, un **quién** y una **circunstancia**. El **quién** es un hombre y si en lugar de **circunstancia** se dice **medio ambiente**, ahí tenéis la analogía entre el coloquio que hoy inauguramos y mi libro constituido por una serie de reflexiones sobre la vida humana como realidad radical.

Filosofar es más ahondar que abarcar, más un profundizar por los entresijos escondidos y ocultos de las cosas que un pretender abarcar a muchas de éstas con la mirada. Reflexionemos, pues, un poco sobre el **quién** y la **circunstancia**. Lo primero que nos llama la atención es que uno y otra no están ahí, por así decir, frente a frente, sin más, en forma, por alguna manera llamar, estática. Ahora ya no sirve la analogía de la circunferencia. En este caso, puesto centro y curva de una cierta modalidad la circunferencia ya está. En tratándose de la vida humana todo es distinto: el **quién**, ante la **circunstancia** con que se encuentra, no se planta ahí, por de alguna manera decir, ante ella, sino que **actúa**. Si el **quién** no actuara en vista o en función de la **circunstancia**, no habría tampoco vida humana, ni siquiera vida animal o biológica. De donde en cierta manera puede decirse que la vida humana va **siendo** - para hablar de la vida, en lugar de participios hay más bien que emplear los gerundios - como resultado de esa retahíla de acciones que cada **quién** ejecuta, de la cuna a la sepultura, esto es, de esos dos hechos que son los únicos que, con propiedad, él no ejecuta. Mientras vivo hago infinidad de cosas, pero no ni mi nacimiento ni mi muerte: más que hacerlos me sorprenden. Pero si la vida es **estar haciendo**, eso quiere decir que la vida es esencialmente histórica. Si **se hace**, eso significa también que no es ya y, aún menos, lo que **ya era**, que es, precisamente, como Aristóteles define la sustancia: **to ti en einal**, esto es, lo que ya era ser. En conclusión: la vida no es sustancia sino historia. Ni que decir tiene que cuando yo aquí hablo de vida no me estoy refiriendo a la **vida** biológica, sino a la vida como lo que nos vamos haciendo con nuestros actos, a la vida biográfica.

Me parece excelente, pues, que quienes van a participar en este coloquio estén preocupados por el humanismo y por el **medio ambiente** o, más a mi manera propia de decir, por el hombre y su **circunstancia**. Sólo que, en el afán de encontrar analogías, que, como Uds. habrán caído en cuenta, solo que hasta ahora he hecho, no debemos incurrir en el extremo de disimular las grandes diferencias que, con toda probabilidad,

hay entre el pensamiento que se adivina a través del temario del coloquio y mis reflexiones sobre la vida humana. Recuerden la distancia que había entre el **milleu** francés, tal como lo concebía H. Taine y el **Umwelt** alemán pensado por Husserl. El primero era un entorno bucólico, pastoril, hecho de paisaje, clima y temperie. El segundo, en escasa dimensión, era eso, sino más bien contorno humano, instituciones, valores, ciencia, filosofía, cultura en suma. Pues bien: yo sospecho que el **medio** ambiente de Uds. tiene mucho más de **milleu** que no de **Umwelt** y, por eso, a veces, en lugar de **medio** ambiente dicen más bien naturaleza. Pero, claro es, naturaleza física, no naturaleza espiritual o cultura. Para mí, ésta, el entorno humano, es mucho más importante para la vida de cada quién que no el contorno físico o **medio** ambiente.

Pero hay más: la circunstancia, en mi concepción de la vida humana, no es algo ahí, situado frente a mí. Independiente, sino que, como ya he apuntado, es un **momento** de la vida. El otro **momento** es el yo. De tal manera que, aunque en la expresión resulte un tanto paradójico, no cabe decir en propiedad que yo tengo la vida, sino que ésta me contiene o tiene a mí, como uno de sus momentos; el otro es, precisamente, la circunstancia. La vida humana posee esos dos ingredientes o momentos que son yo y una circunstancia. De ahí, la conocida fórmula de Ortega: yo soy yo y mi circunstancia". El primer yo es la vida, la vida humana, la vida biográfica, la que, en suma, cada yo, cada quién, va poco a poco teniendo en su forzado y continuo quehacer con la circunstancia en que, por el hecho de encontrarse viviendo, se halla inmerso. Yo y circunstancia son, pues, correlativos, no dos realidades diferentes, ya que, para poder serlo, tal como sentenciaban Descartes y Espinoza, "no necesitarían de ninguna otra cosa para ser" siendo así que no se puede ser circunstancia sin un quién para el cual serlo y, a su vez, todo quién, por el hecho de encontrarse existiendo, encuéntrese también, de toda necesidad, con una concreta circunstancia.

Pero hay todavía algo más: para mí, la circunstancia, aun considerada en su aspecto de **milleu**, de medio ambiente, de naturaleza física, en suma, nunca lo es en propiedad de una manera plena y siempre está empapada de humanidad o, de otra manera dicho, siempre lleva la impronta o la huella del hombre cuya circunstancia es. Sólo en el realismo extremo cabe concebir la naturaleza como en un cien por cien naturaleza, esto es, naturaleza no contaminada con una pizca de humanidad. Los filósofos que me oyen saben muy bien que ciertas propiedades de las cosas, que se bautizaron con el nombre de **calidades secundarias**, tales como, por ejemplo, el color, el olor, los sonidos, los sabores, etc., no son propiamente notas que correspondan a las cosas percibidas. Y, así, un Locke o un Descartes, valga por caso, desvisten o despojan a las cosas de su riquísimo ropaje de notas sensoriales y las reducen a ser sólo extensión y movimiento. Pero es claro que el valle cubierto de verde floresta, de amenos prados, con el río que serpeando se va abriendo su paso por él, o las grises y violáceas montañas, que dibujan nítida la línea irregular de sus cresterías y cimas sobre el fondo azul del cielo, o el mar, con el eterno

romper de sus olas sobre los recios acantilados basálticos, o el verdor y humedad de la jungla, etc., etc., es decir, el milagro, el **medio** ambiente o las circunstancias físicas, a que estamos acostumbrados, son mucho más que mera extensión y movimiento. Para un biólogo como Jacob Von Uexküll, cada especie animal tiene su propio **Umwelt**, esto es, su propio **medio** ambiente o su propia circunstancia. A mayor abundamiento: recuerden que un Heidegger, por ejemplo, habló que las cosas, tales como en realidad primariamente nos son dadas en la vida, más que eso, a saber, cosas, seres, entes, son **útiles** y como éstos lo son para ser manejados por las manos del hombre, de ahí que pudo hablar de un **mundo a la mano**. Nada es útil sino porque lo aprehendemos como algo susceptible de satisfacer alguna necesidad nuestra. "Y es claro que, para serlo, ni siquiera necesita haber sido elaborado por el hombre y convertido así en un objeto de artificio. Desde las más remotas épocas el primitivo contemplaba las nubes redondas, grisáceas y viajeras como signo o señal de fuertes aguaceros o aquel árbol torcido como punto por donde introducirse más cómodamente por el bosque para llegar a la orilla del río o el risco aquel de la montaña como lugar también más accesible por donde atravesar la serranía para acceder al valle que se desparrama al otro lado, y así sucesivamente. Nada es natural puro o pura naturaleza y todo más bien hallase impregnado de humanidad. Lo más cercano y a la mano del hombre y asimismo también lo más alejado. Ese mismo primitivo, tumbado en el suelo en la noche estival, vueltos los ojos hacia el firmamento e imantada su mirada por el misterioso titular de las estrellas, no tanto ve puntos luminosos como constelaciones, Orión, la Cruz del Sur, Sagitario olas Pléyades. ¿Es todo eso natural o no es más bien un espectáculo en que el hombre ha estampado su firma?

El mundo, ese mundo que las gentes denominan objetivo, como si con ese adjetivo quisieran ser que nada tiene que ver con el hombre, en realidad es fruto de una Interpretación; de una interpretación que quienes le precedieron en el tiempo han ido haciendo de él. Así como el verdín o cardenillo va cubriendo las paredes de las casas vetustas en climas de calor y humedad o también la superficie de las aguas estancadas, de igual manera los hombres han ido vistiendo a las cosas, a lo largo de las edades con el flamante traje

de variadas interpretaciones y ahora las contemplamos, como seres sociales y herederos que somos, con ese ropaje que los antepasados pusieron en ellas. Ven Uds., por ejemplo, una pera y he ahí que enuncian para sus adentros un juicio que más o menos dice así: “una sabrosa fruta para comer. Pero, en su lenguaje mudo, por no haberle podido enseñar nadie uno cualquiera, ¿qué podría decirse el bueno e inocente de Adán al ver por vez primera la manzana? ¿Qué idea podría tener de fruto? Y, ¿cómo es que sabía que aquello servía para comer o, simplemente, para placer y regodeo del gusto y no más bien las verdes hojas tiernas, las rosadas florecillas y hasta las tiasas y duras ramas del manzano? Aun poniéndonos en el punto de vista del más radical realista ingenuo, ¿qué tiene de parecido el mundo, el **medio** ambiente, el **Umwelt**, la circunstancia de Adán, el primer hombre y, en calidad de tal, el único no heredero, para quien, pues, las cosas estaban vírgenes de interpretaciones y el mundo de cualquiera de los innumerables hombres que desde entonces hemos sido? Me atrevería a decir que el parecido es nulo y que, por ende, aunque a primera vista parezca escandaloso en el qué de nuestras percepciones actuales, aparte objetos y sentidos, intervienen aquellos que nos precedieron en el tiempo. Esto los psicólogos o los teóricos del conocimiento mas no por ello deja de ser un hecho absolutamente cierto. Por no haberlo visto jamás, ni él ni ningún otro de los miembros de su tribu, y por no existir, pues interpretación alguna de él, el buen salvaje de Nueva Guinea o del corazón de la selva amazónica es incapaz de percibir un libro. En toda percepción es un hecho que mudos, esto es, sin necesidad de ser expresados verbalmente, laten algunos juicios, las que he llamado **interpretaciones**, que nos permiten identificar a tales cosas como tales y no otras. Cuando, como en el caso de Adán, obviamente, tales interpretaciones no existen, el hombre abre y pone en redondo sus ojos y, con aire y gesto de sorpresa, pregunta: ¿qué es esto? Empleando el lenguaje de los psicólogos, diría que hay entonces sensaciones variadas pero no, propiamente, la percepción de una cosa concreta. A lo más, la percepción de **un algo**, pero no de tal cosa determinada. Y, de ahí, el **qué**, a sabor, ¿qué es esto?

Como ven, he tratado de argumentar para intentar demostrarles que, para mí, no existe el **milieu**, el **Umwelt**, el **medio** ambiente como si se tratase de una realidad que, por ser precisamente **lo otro** que el hombre, no está contaminada de humanidad. Hegel decía que la naturaleza es idea en su otro lado, idea en la manera opuesta a ser idea, pero, en el fondo y de verdad, idea, Y su antecesor y en buena medida maestro, Fichte, calificaba a la naturaleza como **no-yo**, pero un **no-yo** puesto y creado simultáneamente con la posición del **yo** por sí mismo. Tanto en un caso como en el otro, usando de una terminología que ya hemos empleado, la naturaleza está

impregnada de humanidad. No soy idealista y ni por asomo lo anterior puede servir para la defensa de una filosofía de esta clase. Cuando se crea algo, aunque dicha creación se realice por debajo del nivel de la conciencia, como los idealistas creían que acontecía con el mundo, de alguna manera el yo posee la oscura intuición de dicha creación. Y es el caso que tratándose de la naturaleza o, de una manera general, de la circunstancia, lejos de tener la impresión cada yo de que él de alguna forma crea, lo que en verdad siente es que todo aquello le es impuesto, de que, con fatalidad y sin en lo más mínimo él haberlo querido, todo lo que se lo enfrenta le es dado. Cuando se apropia uno adecuadamente de los conceptos no importa ya que las expresiones no sean lo más precisas y ajustadas. Digamos, pues, en conclusión y resumiendo: nada idealista, pero, no por eso, el mundo deja de estar teñido de humanidad, Y quien dice mundo, dice **milieu**, **Umwelt** o **medio ambiente**.

De ese mundo lo primero que cabría decir de él es que el hombre que en él se halla inmerso lo siente como hostil. Ya justo nuestra común creencia en su existencia independiente débese a que nos hace resistencia. Porque nos **resisten** las cosas, para nosotros existen y **consisten** en esto o en lo otro. Pero resistir y oponerse es sentir como hostil a lo que me resiste y se me opone. Del mundo en torno las especies animales buscan el rincón de aquél en donde encuentran que la resistencia, esto es, la hostilidad, es menor y tratando de ajustarse y adaptarse a esa parcela del mundo hacen de ésta su **hábitat**. El hombre carece de hábitat, aunque no sea más que por el hecho de que, en principio, es capaz de vivir en cualesquiera regiones del mundo. Y no porque posea la enorme plasticidad de adaptarse a cualquier cosa, a cualquier **medio** ambiente, sino porque, a diferencia del animal, él no busca adaptarse nunca al **medio**, sino, al revés, su hacer y afán consiste en adaptar el **medio** a él. El quehacer, pues, de animales y hombres frente al mundo es completamente distinto y aun opuesto. A este sesgo diríamos que el hombre es el eterno descontento. Le hiere y duele de continuo el contorno porque lo siente hostil, mas en lugar de resolver ese conflicto rebajándose y tratando de adaptarse a aquél, orgulloso y soberbio como es trata más bien de hacer lo contrario, que el **medio** se ajuste a sus necesidades. De ahí, que el hombre dejaría de serlo si en alguna medida, no modificara el **medio** ambiente y modificarlo es en cierto modo destruirlo, irlo deteriorando poco a poco. He aquí un punto fundamental, que debería estar presente en las discusiones de este coloquio. Es esencial y necesario para el hombre cambiar, modificar, manipular el **medio** ambiente en cierto grado y eso es, aunque sea en mínima parte, destruirlo. El problema es, pues: ¿hasta

dónde puede alcanzar esa modificación para que, a la larga, las modificaciones hechas para el logro del bienestar no se tomen en una hostilidad mayor, mucho mayor, que la que se trataba de evitar? Modificamos el **medio** para hacer menos graves y dolorosas sus espinas pero el caso es que éstas pueden convertirse en puñales si traspasamos ciertos límites. El problema, sin embargo, está en dónde alcanzar dichos límites.

La hostilidad del mundo está, en buena medida, en razón directa de nuestras necesidades. Echamos mano de las cosas del mundo a fin de usarlas como **medios** para la satisfacción de dichas necesidades. En ese uso las modificamos y, a veces, incluso, las destruimos. No hacerlo, sería en cierto modo, retroceder a la barbarie, retrotraemos a algo que se acerca a la vida animal y en donde, por ende, en lugar de adaptar el **medio** a nosotros, nos adaptamos nosotros a él. Lo peor de todo esto es que las necesidades en el hombre exceden con mucho a las necesidades meramente biológicas. Desde el hombre del Neandertal, es decir, desde hace 14 mil o 20 mil años, el hombre está manipulando la naturaleza: talla o pule la piedra, trabaja la madera, y hasta graba dibujos con ingente esfuerzo en los colmillos de los grandes animales. Y cuando inventa la alfarería se preocupa tanto en decorar y dar ciertas formas como a las vajillas y vasijas como en fabricar éstas simplemente para llenar su cometido de albergar líquidos, miel, agua, aceite, o de contener ciertos granos. Más que en tejer telas o en aprovechar ciertas pieles para fabricar atavíos con que protegerse del frío o del calor, dedicó el primitivo una buena parte de su tiempo a elaborar toda clase de utensilios absolutamente innecesarios e inútiles desde el punto de vista de nuestras necesidades biológicas: narigueras, pendientes, brazaletes, máscaras, collares, etc., etc. Si atenderíamos al esfuerzo que, en aquellas circunstancias, el hombre tuvo que emplear para proveerse de tantos objetos, indiferentes desde el punto de vista de su existencia animal, concluiríamos que ya entonces, en proporción, estaba tan inmerso como el hombre de hoy en lo que denominamos sociedad de consumo. Hoy al hombre común le cuesta menos esfuerzo proveerse de la enorme cantidad de objetos que posee para su disfrute que a aquellos primitivos de hace miles de años para adquirir la media docena de baratijas con que se adornaban. Si medimos el valor que atribuimos a los bienes por el trabajo que estamos dispuestos a emplear para apropiarnoslos, concluiríamos que lo que el hombre más aprecia, hoy como hace quince mil años, es lo inútil. Para el hombre, animal paradójico, lo más útil y de valor es lo más inútil. Hasta el punto que, vistas las cosas a este sesgo, ¿qué otra cosa es la historia de la humanidad o, mejor, de los distintos pueblos que, poco a poco, han ido pasando del primitivismo a la vida civilizada, sino el progresivo acrecentamiento, unas veces lento, otras a vertiginosa velocidad, como en nuestros días, del número de bienes creados para satisfacer necesidades, de conservación de la vida animal unas pocas, de distracción, juego y lujo las más? Tampoco creo que estas cosas o estos hechos más bien, que son verdad, vayan a pasarse por alto a la hora de

reflexionar sobre el hombre y el **medio** ambiente en ese coloquio.

En mis reflexiones sobre la vida humana hablo con abundancia de la circunstancia, claro es, por ser el otro momento, junto al yo, de toda vida. Y de cómo, puesto que el hombre aspira a ser feliz, al hallar que la circunstancia, tanto la humana como la física, le es, al menos parcialmente, hostil, su vida consiste en tratar de lograr aquella felicidad modificando, en la medida de sus fuerzas, una y otra circunstancia. En la consecución de ese fin lo primero que en mentes se le ofrece es intentar, puesto que no lo tiene, darse un ser. De ahí, el proyecto de vida, que cada cual, en función de su vocación y de las más o menos propicias oportunidades de la circunstancia, inventa o meramente escoge para sí. Sobre esto han abundado, una y otra vez, los filósofos existencialistas. Lo que, en cambio, han pasado por alto es que, cada quién, consciente del carácter hostil de la circunstancia, procura sustituirla por otra en donde con más holgura y satisfacción pueda morar el día de mañana, cuando sus quehaceres logre, al fin, ser ya, esto es actualizar, el proyecto de vida cuyo papel anhela representar. De tal modo que, en realidad, cada uno de nosotros tiene, como finalidades principales que llevar a cabo dos proyectos: uno, particularismo, el de aquello que desea llegar a ser y otro, más general, válido para él y para los demás, el de una circunstancia, más plácida y menos hostil, en la que acaso sólo sea posible y viable el primer proyecto, el privado y particular de uno mismo. Estamos, pues, acicateados por estos dos deseos: el de ser el día de mañana como ya hoy vislumbramos, en gracia a nuestra imaginación prospectiva, y el de que también la circunstancia actual, que tanto nos oprime, sea otra. Esa circunstancia otra, más benévola, en donde sea más grato morar, acostumbro a llamarla, por eso precisamente, morada.

Usando de grandes generalizaciones me atrevería a sostener que, durante milenios, hasta bien entrados los tiempos históricos y aun después, los hombres estuvieron preocupados, en primera línea, por paliar los rigores, asperezas y trabas de la circunstancia física. La circunstancia humana en que se hallaban, los otros hombres de la tribu o del clan, así como las instituciones simplicísimas que allí existían, no herían hasta el punto de reclamar una reforma. Inundaciones y sequías, escasez o abundancia de pastos y de caza, frío y calor, etc., mantenían tensa la atención de las gentes y a hacer menos lacerantes o dolorosos los excesos se dirigían sus esfuerzos de reforma. Cons-

truir una morada física más amable era, en fin, lo que se pretendía. Como los **medios** de que por entonces disponían los hombres para lograr una transformación así del **medio** ambiente física eran muy pobres, valiéndose ante la conciencia de la dificultad enorme de construir una nueva morada con que sustituirla actual y, de ahí, el que soñaran en un paraíso o edén en otra vida, como compensación a esta dura realidad física tan cercana, que tanto dolía, pero que tan difícil era de cambiar. Sartre decía en Huis-Clos que “el infierno son los otros”, esto es, la circunstancia humana. Lo contrario, el paraíso, no ha sido nunca en cambio concebido como un edén humano, como una sociedad amable, acogedora y sin problemas, sino como un jardín, como un vergel de flores, que es, justo, lo que significa la palabra griega paradelsos, paraíso, lugar plantado de árboles en donde pastan placenteros los animales. Grata morada de ultratumba en vista de lo áspera que acostumbra - sobre todo para el primitivo - ser la real.

Más con la civilización, esto es, la vida en la ciudad, el contorno humano, por lo general, volviere más áspero y doloroso que el físico. Y entonces los hombres, en lugar de soñar paraísos, comenzaron a embriagarse de utopías. Estas vislumbrábanse como sociedades humanas más amables y, sobretodo, más justas, en las que fuese mucho más grato morar. A lo largo de la historia, unos, los hombres de ideas, Platón, Aristóteles, Polibio, Campanella, Bacon, Moro, etc., complaciéronse en delinearlas imaginativamente y en proponerlas como modelos. Otros, las gentes de acción, los revolucionarios de todos los tiempos, lucharon por sustituir la morada actual por aquella otra soñada y propuesta como modelo ideal por los hombres de pensamiento.

Con la civilización y con los **medios** técnicos que ella trajo consigo el **medio** ambiente físico dejó casi de ser problema para los hombres. Más, en la medida que esto acontecía, el otro, el **medio** humano, comenzó a llenarles de preocupación y de desasosiego. Y en eso estamos, porque es más difícil modificar al hombre que modificar a la naturaleza. Conociendo a ésta se la domina y, de ahí, el prodigioso desarrollo de la técnica actual. Pero el saber psicológico, antropológico o sociológico, a pesar de sus pretensiones, no logra, ni con mucho, lo que el tecnólogo si consigue ayudado por el saber del físico o del hombre de ciencia en general. Asistimos hoy al derrumbamiento de moradas humanas que se construyeron con altos grados de ilusión, pero que, sin que mediara el ataque de nadie desde fuera, hicieron gala de su interna debilidad.

En **medio** de la desilusión producida por el espectáculo de tantas moradas humanas fallidas, vuelve a surgir, hoy, como en los viejos tiempos, la preocupación por un ambiente físico que se nos muestra más hostil cada día: con la atmósfera más contaminada que nunca, con tierras que se van erosionando y quedando desérticas por las talas de árboles y la ausencia de lluvias, de mares, ríos y lagos que van acrecentando el nivel de contenidos tóxicos, de fuentes de energía que se van agotando y de otras que, debidas al ingenio del hombre, amenazan con el envenenamiento de la atmósfera y

con la futura destrucción del hombre como especie. A diferencia de otros tiempos, estos males, hoy, son globales y no son cosa de una región o de otra, de aquí o de acullá. Por eso también la preocupación y la angustia son de todos. Nuestra obsesión hoy por el ambiente físico tiene, sin embargo, signo distinto a la de los hombres de las viejas edades prehistóricas. No nos importa tanto el **medio** físico cuanto lo que el hombre, gran depredador, ha hecho con él. Mas el caso es, y esto es lo triste, que ese deterioro de la naturaleza por la acción del hombre, en buena parte es necesario, si reparamos en el hecho de que, como nunca antes en la historia, la multiplicación de los hombres en los últimos tiempos se lleva a cabo a un ritmo febril, sin precedentes. Los hombres de Europa, en la época de los pintores de Altamira, no pasarían de unas pocas decenas entre miles. Ya en tiempos de la república romana la población del viejo continente calculábase en unos 180 millones de habitantes. Dos mil años después, hacia 1800, se mantenía, aproximada mente, esa misma cifra. Sin embargo, ya en 1900, es decir, en el transcurso de 100 años, la población se había triplicado y rondaba por los 5500600 millones. Se triplica en un siglo mientras que había permanecido estática durante dos milenios. Con escasa población es fácil mantener limpio e incontaminado el **medio** ambiente. Máxime si se tiene en cuenta que la inmensa mayoría de la humanidad, hasta hace relativamente muy poco, ha vivido en el campo, desperdigada en una multitud de pequeñas agrupaciones humanas, villas, pueblos, aldeas, caseríos, de unas cuantas docenas de familias cada una. Por razones que no son ahora del caso, desde el siglo pasado y, con mucho más énfasis, en el nuestro, esa preeminencia del campo sobre la ciudad cambia y asistimos al nacimiento de multitud de megalópolis. Es fácil entender que las lesiones que al **medio** ambiente se hacen, aunque no sea más que por los ingentes desechos que estas desmesuradas poblaciones traen consigo, ahora, son muy grandes. Ya he hecho hincapié en otros escritos en la irracionalidad, desde tantos y tantos puntos de vista, que supone el que países con grandes territorios y con escasa población relativa, como es el caso de una gran parte de los países de este continente, tengan concentrada la casi mitad de ésta en las inmensas capitales. Con dos millones de kilómetros cuadrados de territorio y una población de apenas poco más de 30 millones de habitantes Argentina concentra en su capital, Buenos Aires, a la casi mitad de esa población. Aparto de la

multitud de males de todas clases que estas aglomeraciones humanas anormales traen consigo, la afloración del **medio** ambiente físico ocupa un lugar pacífico. De ahí, que hablase que esto último es un mal necesario, aunque no sea más que por el aumento desmedido de la población. Y si al aumento considerable se añade la mala distribución de esa misma población, entonces el deterioro de dicho ambiente se hace aún más notorio. Y, a este propósito, qué contraste con lo que dice un gran humanista y economista moderno, el suizo Wilhelm Röpke: los centros de cultura del pasado, que, como Florencia, Ginebra o Weimar, eclipsan a cualquier gran ciudad moderna, fueron, con arreglo a las concepciones actuales “villorrios”, y, sin embargo, en manera alguna se puede comprender por qué, aún hoy, el máximo absoluto de una ciudad completa, sana y que llene todas sus funciones, no pudiera consistir en una de 50 o 60.000 habitantes y todo lo que excediera de esta cifra ser considerado perjudicial”. Y también: el reconocimiento de que la gran ciudad moderna es un producto enteramente patológico, se extiende cada vez más y conduce a la legítima conclusión de que la supresión de este producto tiene que ser uno de los principales objetivos de la reforma de la sociedad”. Röpke está pensando al hablar así, en que las principales y más graves lacras de las sociedades de hoy, la pérdida de valores que se traducen en hechos tanto la prostitución, el alcoholismo y el

uso y el abuso de drogas, los delitos contra la propiedad, los crímenes contra las personas, la violencia en todas sus formas, etc., tienen en la ciudad desmesurada su especie de excelente y adecuado campo de cultivo y que, por ende, desaparecerían o, al menos, disminuirían drásticamente, nada más que con el simple hecho de redistribuir a la población. Pero yo pienso, y con esto concluyo, que yo mismo cabría profetizar en relación con el actual deterioro del **medio** ambiente.

Hoy, desgraciadamente, detrás de la generalizada preocupación por los problemas ecológicos late aún un trasfondo político e ideológico, como si los atentados que el hombre comete contra el **medio** físico defiéranse principalmente a la vigencia de tal o cual sistema político y económico. Pero día llegará en que estos asuntos se aborden con sinceridad, sin ulteriores designios para ganar partido a favor de unas ideas u otras, como problema simplemente en que los hombres se están jugando el porvenir de su descendencia. Y cuando eso ocurra, estoy seguro que ocupará el centro de atención de las gentes, como **medio** para aliviar el deterioro del **medio** ambiente, el absurdo de las gigantescas urbes de hoy y se estudiarán entonces las medidas para hacer una redistribución muy racional y justa del hombre sobre la Tierra.